

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Tomasa Cuadrado, 77 años

Angelo Moliterni, 24 años

LOS OJOS DE TOMASA

Al mirar en sus ojos, cualquiera sospecharía los sufrimientos, dificultades y desilusiones que Tomasa tuvo que superar a lo largo de su vida. Su mirada, de hecho, es alegre, llena de luz, desbordante de optimismo. Sus palabras, profundas y repletas de esperanza, aunque, a veces, la emoción le traiciona y un brillo especial aparece de repente en sus ojos: es cuando Tomasa habla de sueños rotos, deseos incumplidos y guardados en un cajón de su mesilla de noche, nunca olvidados. Es el mismo brillo que aparece cuando habla de sus hijos, sus cinco soles, el fruto de sus sacrificios y de su amor.

Mirando en los ojos de Tomasa, nadie sospecharía tampoco que, después de un viaje largo de 77 años, vividos con fuerza y valor, aún guarda la chispa de un tiempo: aquel optimismo y aquella determinación que tenía cuando, aún adolescente, trabajaba de maestra para unos ricos señores en la Castilla y León de la inmediata posguerra. Ni siquiera la amenaza de la enfermedad consigue ensombrecer hoy sus ojos vívidos, luminosos y soñadores. Así es Tomasa: satisfecha con su pasado, ocupada y feliz con su presente y esperanzada por su futuro, donde se ve rodeada de sus nietos, a los que entretiene con sus cuentos y sus pasiones más grandes.

Sí, porque Tomasa tiene muchas aficiones, entre ellas la lectura y el teatro. Le encanta el teatro ya que el escenario le permite huir de una realidad a veces poco satisfactoria y le entrega otra vida, ficticia pero, a la vez, profunda e intensa: la vida del personaje que ella tiene que representar en el tablado. Pero no es lo único que le gusta: leer es otra de sus pasiones que, como el teatro, la traslada a otro mundo, a otra realidad... Así es como Tomasa vive hoy sus días: intensa y plenamente, dedicándose a aquellas pasiones que, tiempo atrás, tuvo que dejar a un lado. Ahora, en la tranquilidad y despreocupación de la vida de jubilada, Tomasa redescubre sus sueños, buscándolos en ese cajón donde los guardó celosamente hace ya mucho tiempo: ha llegado el momento de volver a soñar...

Sí, porque Tomasa sigue soñando hoy día, tal y como lo hizo siempre: vive cada instante de su vida, a pesar de dificultades y malos recuerdos. Ahora es el momento de cosechar los frutos de su sacrificada vida, dejando atrás, en un rincón apartado de su memoria, amarguras, desconsuelos y decepciones que nunca olvidó. Apoyada por sus hijos y por su incansable fe religiosa, sigue su viaje, enfrentándose con su frescura casi infantil a las pruebas que la vida sigue imponiéndole, sin dejarse llevar nunca por la desesperación o por la resignación: no tiene tiempo ni ganas de pensar en ello, sólo quiere disfrutar del amor de sus hijos y de la alegría de sus nietos.

El balance de su viaje por el sendero de la Vida, entonces, no puede ser más que positivo: soñó con ser maestra y, de joven, logró llegar a ese destino. Trabajó de maestra en una mansión de unos adinerados señores, en Salamanca. Fue el trabajo de sus sueños, en contacto con los niños que tanto le gustaban y que tantas satisfacciones le dieron. Como cuando, paseando por las calles de Salamanca, siendo Tomasa ya mayor, un joven chico le saluda cariñosamente, despertando la curiosidad de ella, que, sorprendida, pregunta de qué la conoce. El chico, orgulloso, le contesta que fue uno de sus alumnos y que aún guardaba en su memoria el recuerdo de su primera maestra. La emoción que Tomasa sintió fue indescriptible: consiguió dejar una huella indeleble en aquellos niños a los que intentó transmitir su amor por la lectura y el teatro. Sin embargo, más que un final de trayecto, aquella etapa como maestra fue una parada, breve pero intensa, en su camino. Como Tomasa misma nos confiesa -y aquí, una vez más, no logra esconder el brillo en sus emocionados ojos- tuvo que renunciar al casarse a parte de sus deseos: la mentalidad de un tiempo que era demasiado cerrada y retrógrada y no le

Recordar, compartir, aprender

permitía a una mujer alcanzar con facilidad sus objetivos, ni realizar sus sueños. Al casarse, Tomasa se ve forzada a cambiar...

El matrimonio con Ángel, de hecho, “traicionó” sus expectativas, poniendo freno a su vitalidad y a sus ambiciones, aunque nunca pudo con su fuerza y su optimismo. Tuvo que renunciar a sus deseos y pasiones, y, como ella misma confiesa, dejó de ser la misma Tomasa. Confiesa, además, haber deseado más pasión y cariño por parte de Ángel, quien demasiado a menudo daba por sentadas su presencia y su entrega. Tomasa tuvo que aceptar la “frialidad” de él, aun sintiéndose a veces casi olvidada. Nunca un cumplido por parte de Ángel, nunca unas caricias o un beso al volver él del trabajo... A Tomasa, esos pequeños gestos de ternura la habrían hecho muy feliz: la habrían ayudado a sentirse querida.

Con una vida sentimental poco satisfactoria, en la que faltaban conexión y complicidad, Tomasa tuvo que “conformarse” hasta que llegaron sus hijos. Aquella falta de cariño por parte de Ángel haría que Tomasa se dedicara total y absolutamente a la educación de sus cinco hijos, para encontrar en ellos el amor y la ternura que el marido no supo regalarle. Tomasa, sola, sacrificó toda su vida para asegurarles un futuro prometedor y feliz. Tampoco en esto Ángel supo darle apoyo y ayuda. Sin embargo, con paciencia, fuerza, amor y dedicación infinitos, Tomasa consiguió salir adelante.

Ahora, Tomasa, con 77 años, vive contenta, rodeada de sus hijos y nietos, quienes la quieren infinitamente y le proporcionan toda aquella felicidad que, a lo largo de su viaje, Tomasa no pudo saborear. Todas aquellas sonrisas que no pudo enseñar, aquella tranquilidad de la que no disfrutó, aquella ternura que tanto deseó, están ahora ahí para Tomasa: es su familia. Ahora sí, Tomasa ha alcanzado su final de trayecto, ha vuelto a la edad de los sueños, ha vuelto a ser feliz.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida es una carrera de obstáculos: no puedes echarte atrás, ni retirarte. Sólo puedes correr, es decir, vivir. Correr para alcanzar tus metas, realizar tus sueños y ver tus deseos hechos realidad. A veces, a lo largo de la carrera, nos caemos; otras veces, nos tropezamos con el obstáculo, sin conseguir superarlo... En alguna ocasión, cuando el pesimismo nos atenaza, incluso llegamos a ser nosotros mismos el obstáculo más grande: es cuando dejamos de soñar, de luchar, de confiar en nosotros. Pero, así es la vida: hay que correr, luchar y sacrificarse para cumplir nuestros deseos. Sí, así es la vida: a veces madre, otras madrastra. A veces nos lleva por senderos de pétalos de rosas, otras veces por estrechos y tortuosos caminos que cuesta recorrer. A veces, incluso nos perdemos durante el viaje; otras veces, en cambio, somos para los que nos rodean como aquel faro que indica el camino a los navegantes; somos quien da esperanza, quien proporciona ayuda para superar los obstáculos.

Sí, así es la vida: ardua, dura y a veces incomprensible... A nosotros queda el reto de intentar descifrar su sentido, la difícil decisión de qué camino emprender ante una bifurcación. A nosotros, en conclusión, nos queda andar por ese camino, correr esa carrera, superar esos obstáculos. Y merece la pena sufrir, merece la pena comprometerse, sacrificarse, caerse, tropezarse, llorar, equivocarse... Merece la pena hasta renunciar a lo que más deseamos, para regalar la felicidad a quien más amamos. Sí, merece la pena, ya que así es la vida: una carrera de obstáculos donde, para llegar a la meta, hay que correr, superando las barreras que se interpongan entre nosotros y nuestros deseos. Como un famoso dramaturgo escribió, la vida es sueño: queda, para nosotros, el reto de hacerlo realidad.